

"Bajo el manto de la bruma"

Por Barbacana

Nací una mañana de mayo, bajo un cielo que aún guardaba la frescura de la noche, entre flores temblorosas de rocío. Mi primer recuerdo es el calor de madre, limpiando a lametazos cada mancha de mi pelaje moteado, eliminando todo rastro olfativo que pudiera delatarme ante el mundo. Trasgu, mi hermano, nació inmediatamente después, tan frágil y pequeño como yo, pero con esa chispa de curiosidad que siempre lo distinguiría.

Nuestra casa era un vasto tapiz de colores y sonidos que parecía extenderse hasta el infinito. Aquí, las madres escogen zonas tranquilas, alejadas del tránsito de hombres y bestias, donde el entorno pueda ocultar el manto moteado de sus crías. Madre me trajo al mundo bajo un solitario sauce, en la espesura del matorral que bordea el arroyo. Las hojas caídas formaban un lecho suave, y la luz del amanecer apenas se filtraba entre las ramas, creando un refugio perfecto.

Trasgu y yo nacimos separados por una distancia cuidadosamente medida, lo suficientemente cercana para que madre pudiera atendernos de forma individualizada, pero también lo bastante prudente para que, en caso de amenaza, un depredador no pudiera encontrarnos a ambos. Este gesto, tan instintivo como sabio, aseguraba nuestra supervivencia en esos días de máxima vulnerabilidad.

Madre escogió para nosotros una solanilla alejada de las zonas de labor, pues aunque las hembras de corzo suelen parir a sus crías en lugares con hierba alta, nuestra estrategia de ocultación puede volverse en nuestra contra en cultivos y pastizales. Durante la siega, al igual que ocurre con otras especies que crían en el suelo, el agricultor no nos detecta hasta que las afiladas y temibles cuchillas han hecho su trabajo, causando terribles amputaciones que pueden llevar a una muerte no intencionada.

Durante los primeros días, madre se mostraba vigilante y solitaria. Al prepararse para el parto, expulsó de su lado a la prole parida el año anterior, asegurando así que no interfirieran en la llegada de los nuevos corcinos, ni le hiciesen competencia. Aunque la primavera es generosa en alimento, la gestación y la cría producen unas necesidades de energía muy importantes. Más adelante, en la calma que precede al celo, permitirá su retorno. Pero en esos primeros días, toda su atención estaba en nosotros y en cada detalle del entorno que pudiera representar una amenaza.

Aunque el rincón donde nacimos parecía apartado del mundo, no estábamos completamente solos. Muy cerca, en una majada rodeada de muros de piedra, vivía Braulio, un pastor de rostro curtido por el viento al paso de los años. Sus días transcurrían entre el cuidado de su rebaño y las largas caminatas por la sierra, siempre acompañado por Mamba, su inseparable macho de Border Collie. Mamba era un espectáculo; ver cómo manejaba a las ovejas era un auténtico derroche de precisión y destreza, como una danza cuidadosamente ejecutada.

Desde nuestro encame, observábamos a Braulio y Mamba en sus quehaceres. El silbido del pastor, era la señal para que Mamba desplegara su magia. Con movimientos ágiles y ojos atentos, dirigía a las ovejas hacia donde Braulio le susurraba con un gesto, rodeándolas como si dibujara círculos en el aire. Madre nos advertía que debíamos mantenernos ocultos, pero yo no podía evitar asomarme para admirar aquella escena. En más de una ocasión le vimos encaramado a un cerrillo cercano, atalayando con un par de gemelos. Braulio se difuminaba en el lienzo del paisaje, observando con atención cada movimiento de la sierra. Y aunque el viejo Braulio conocía cada hito de nuestra existencia, jamás se acercó a molestarnos; las gentes de campo conocen el orden natural de las cosas y, con una sabiduría forjada con la connivencia de la madre tierra, respetan profundamente sus ritmos, sus cadencias.

Primavera: "Lecciones en verde"

La primavera fue nuestra primera escuela, y sus lecciones llegaban con cada aroma, con cada flor que se abría al sol. Trasgu y yo éramos inseparables, dos manchas vivas entre el verde que todo lo cubría. Mientras él avanzaba con cuidado, yo corría sin mirar atrás, impulsada por la emoción de quien se adentra en lo desconocido.

Fue en una de esas expediciones cuando encontramos a Brizna, una lagartija cuya piel brillaba como el oro viejo bajo el sol. Estaba encaramada en una roca, observándonos con curiosidad.

—¿Quiénes sois vosotros, que corréis como si el viento os persiguiera? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Soy Bruma, y este es mi hermano Trasgu —respondí con confianza, aunque Trasgu se escondió detrás de mí, más cauteloso.

—¡Vaya! Los corcinos sois siempre tan serios... —rio, mostrando una hilera de dientes diminutos—. ¿No sabéis que aquí la vida es un juego?

Antes de que pudiera replicar, un sonido grave, como el rodar de una piedra, llamó nuestra atención. Desde las sombras de un arbusto, apareció Maestro Rodón, el escarabajo, empujando una bola de estiércol con esfuerzo admirable. Sus patas relucían bajo el sol, y su movimiento tenía algo hipnótico, como si cada paso fuera parte de un ritual.

—Los juegos son buenos, pero no olvidéis que cada paso tiene su peso. El suelo que hoy pisáis puede ser el lecho donde mañana crezca una flor.

Brizna bufó, rodando sobre las hojas con un gesto teatral.

—Siempre tan serio, Maestro Rodón. Todo debe tener un propósito para ti, ¿verdad?

Rodón rodó su esfera con un aire solemne, como si sus palabras estuvieran talladas en piedra.

—¿Acaso no lo tiene? Mírate, Brizna. ¿Qué sería de tus insectos sin estas hojas que caen y se descomponen? La vida es cambio, pero también preparación para lo que vendrá.

Brizna nos miró desde su roca, su cola agitándose con cierto desdén.

—Siempre tan serios —murmuró, antes de perderse entre las hojas, dejando solo el eco de su risa diminuta.

Mientras sus palabras aún flotaban en el aire, algo interrumpió la calma del bosque. Desde el otro lado del claro, llegaron voces y risas ajenas al lenguaje de la sierra. Una pareja joven caminaba sin prisas, disfrutando de una mañana primaveral, mientras un perro correteaba a su alrededor. El animal corría libre, zigzagueando entre la maleza, hasta que su instinto lo llevó directamente hacia Trasgu. Mi hermano, paralizado por el inminente peligro, se aplastó aún más contra el suelo, mientras su pequeño cuerpo temblaba como cuando el viento anuncia una amenaza.

De pronto, una sombra ágil y poderosa surgió tras una coscoja. Mamba, con su cuerpo elegante y su mirada feroz, se interpuso entre mi hermano y el intruso. Su gruñido grave resonó como un trueno, y sus fauces abiertas mostraban dientes afilados como espinas. El perro, confundido, retrocedió, emitiendo un ladrido agudo que reclamaba la atención de los senderistas.

—¡Atad a ese perro de inmediato y volved al sendero! —exigió Braulio, apareciendo desde la espesura como un espectro de otra época. Su voz, firme y cargada de indignación, pareció llenar todo el claro, como si la misma tierra protestara a través de su voz.

Los jóvenes se detuvieron, sorprendidos y torpes. El joven amarró al perro con la correa, sujetándolo firmemente mientras trataba de excusarse.

—Lo siento, no sabíamos que... Vimos a la corza salir huyendo, no pensamos que estarían sus crías.

—¿No sabíais? —interrumpió Braulio, acercándose con pasos decididos—. El campo no es vuestro parque de atracciones. La primavera es época de cría. Un perro suelto puede ser una sentencia de muerte para muchas criaturas. Ese perro obedece a su instinto, y ese corcino ha estado a punto de pagar muy cara vuestra ignorancia. Si no podéis llevar suelto y controlado a vuestro perro, ¡llevadlo atado! —sentenció.

La pareja quedó en silencio, sus rostros encendidos con una mezcla de vergüenza y desconcierto. Sin embargo, tras unos segundos de pausa, el joven alzó la voz con cautela.

—Disculpe, señor, pero ¿cómo podemos poner en peligro a los corcinos y a sus madres con nuestra presencia o la de nuestro perro?

Braulio, ahora más sereno, explicó a los jóvenes lo que la naturaleza, a través de años de observación, le había enseñado:

—Las corzas tienen una estrategia arcaica y eficaz para proteger a sus crías: las ocultan y eliminan cualquier rastro de olor limpiándolas con meticulosidad. Su saliva tiene esas propiedades. Cuando perciben un peligro para sus crías, huyen dejándose ver, reclamando hacia sí la atención de los depredadores o de los seres humanos, volviendo

junto a ellas una vez ha pasado el peligro. Pero si vosotros pasáis cerca, o peor, si vuestro perro enreda en la zona, dejaréis un rastro que sus predadores—el lobo, el zorro o el jabalí; incluso el linco que está regresando—pueden seguir. Estos animales tienen un olfato tan poderoso que pueden localizar y seguir vuestro rastro hasta dar con el corcino. Los animales han aprendido que donde hay humanos, hay alimento. Entonces, todo el esfuerzo de la corza se perderá. Y no quiero contaros lo que ocurre si se os ocurre tocarlos, ¡o llevároslos!...

Braulio frunció el ceño y señaló con la mirada hacia el cielo, donde una figura majestuosa trazaba círculos amplios y silenciosos. Su silueta se recortaba contra el azul profundo, casi ingrátida.

—No todos los depredadores del corzo caminan sobre la tierra. ¿Os habíais dado cuenta de que desde hace un rato nos sobrevuela un águila real? —preguntó con voz grave, haciendo que los jóvenes alzaran la mirada. El ave planeaba con una elegancia letal.

—Esa criatura tiene una vista que avergonzaría a la mejor de vuestras cámaras. Desde allá arriba, puede distinguir hasta el más leve movimiento en el suelo —continuó Braulio—. Mientras el corcino permanece inmóvil, amparado en el camuflaje de su pelaje moteado, está protegido. Pero vuestra presencia lo habría puesto en la diana, despojándolo de la mínima oportunidad.

—Quizá os resulte extraño -porfíó Braulio- pero, en muchas zonas, la carne de corzo es el principal aporte de las águilas a sus nidos en época de cría. Por cierto, el gran duque tampoco es manco.

—La predación es un hecho natural, pero el hombre no debe inclinar la balanza. Debemos evitar interferir con nuestras acciones, respetando el ciclo natural de la vida silvestre.—Concluyó el viejo pastor.

Mamba, satisfecha con la distancia entre el perro y Trasgu, se retiró junto a su amo. Aún vigilante, sus ojos ambarinos no dejaban de observar a los intrusos, como si les advirtiera que el bosque nunca olvida.

Los jóvenes, visiblemente avergonzados, asintieron y retomaron su camino. El perro, esta vez atado, seguía sus pasos con la cola baja, como si entendiera que había cruzado una línea invisible. Su andar, antes despreocupado, parecía ahora cargado de un peso nuevo, como si las palabras de Braulio hubieran dejado marcas en su espíritu.

Mamba y Braulio se desvanecieron entre los árboles, como si nunca hubieran estado allí. Cuando la pareja y su perro desaparecieron por el sendero, Trasgu salió de su escondite, sacudiéndose la hierba que se le había pegado al pelaje. Me miró con ese brillo de complicidad en los ojos.

—¿Jugamos, hermana? —propuso.

Sonreí, y sin responder, comencé a correr. Trasgu me siguió de inmediato, su pequeño cuerpo ágil cruzaba el claro mientras el bosque volvía a abrazarnos. La calma regresó, y con ella, la alegría de explorar, perdiendo el miedo a lo desconocido. Algo rondaba aun

en mi pequeña cabeza ¿qué es lo que no quería contar el viejo pastor? —Cuando vea a madre se lo preguntaré— murmuré hacia mis adentros.

Madre regresó al claro con pasos firmes y cautelosos, sus ojos examinaban quirúrgicamente cada rincón. Se acercó primero a Trasgu y luego a mí, comprobando con suaves empujones de su hocico que estábamos bien. Conduciéndonos a renglón seguido, al otro lado del pequeño arroyo, hasta un tranquilo rincón tapizado de espeso matorral. Allí, madre comenzó su guardia, y aproveché el momento para preguntar lo que llevaba rondándome desde que dejamos el claro.

—Madre, Braulio parecía saber algo que no quería que escucháramos —susurré, sintiendo cómo la curiosidad me quemaba por dentro.

Madre me miró con paciencia, como si buscara las palabras exactas. Finalmente, habló con esa serenidad que hacía que todo lo que decía pareciera inevitable.

—El viejo pastor sabe mucho, Bruma. Pero hay cosas que no se cuentan, porque no todas las respuestas son fáciles de aceptar. Braulio es cazador, conoce y respeta cada rincón de estos montes y a los que vivimos en ellos, pero también conoce a los humanos de ciudad y sus limitaciones.

—¿Qué pasa si nos llevan con ellos? —insistí.

Madre suspiró, y su voz sonó baja, pero firme:

—Si os llevan, es poco probable que sobreviváis. La leche de otras especies os causaría diarreas que os debilitarían hasta la muerte. Si lo hicierais, vuestra mente troquelada os haría creer que sois como ellos. Y si os devolvieran al monte, acabaríais buscando el contacto de los que crearíais los vuestros, vagando por caminos ajenos, caminos que casi siempre terminan en el arcén de una carretera, bajo las ruedas de un coche.

Madre hizo una pausa, observándome con gravedad antes de continuar:

—En el caso de tu hermano, si llegado el celo permaneciera aún con los humanos, las consecuencias podrían ser catastróficas. Un macho troquelado que se reconoce como humano intentará expulsar de su territorio a otros machos humanos, a quienes reconocerá como rivales. Y las cuernas de un corzo no son baladíes; pueden herir gravemente o incluso matar.

—¿Troquelado, madre? ¿Qué es eso? —pregunte confundida y asustada.

—Mucho quieres saber zagala... Cuando las crías nacen, no son conscientes de qué son, necesitan un periodo para poder reconocerse con los de su especie a través de sus sentidos y juegos, a ese proceso se le llama *impronta*. Si a un animal se le aparta de los suyos, sin *imprantar*, y ese aprendizaje lo realiza con otra especie, reconociéndose en ella, se dice que es un animal troquelado. ¿Lo has entendido pequeña? —musitó.

—¡Nos roban la identidad! —exclame indignada— ¡Serán sinvergüenzas!

Guardé silencio. Madre no añadió más, pero su mirada permaneció fija en mí, como si quisiera asegurarse de que había entendido. Cerré los ojos un instante, dejando que el murmullo del arroyo me envolviera. El susurro de las hojas movidas por Brizna y el lento avance de Maestro Rodón llegaban a mí como un eco distante. Incluso ellos parecían entender que algo había cambiado. La primavera nos había mostrado sus secretos, pero aún quedaba mucho por aprender.

Verano: “El semidiós y los girasoles”

El verano llegó con su abrazo cálido y sus días interminables. Trasgu y yo aprendimos a seguir los senderos del agua, a buscar el frescor de las sombras y a escuchar los murmullos de los árboles. Cada noche, las luciérnagas iluminaban nuestra curiosidad, y Brizna nos retaba a alcanzarlas en juegos que siempre terminaban con risas.

Durante los primeros meses de verano, el calor se volvió más intenso, y la búsqueda de agua se convirtió en una tarea diaria. Los arroyos se reducían a hilos de plata, y las charcas, antes abundantes, eran ahora pequeños espejos que reflejaban el cielo abrasador. Madre nos llevó a lugares donde el agua aún fluía, enseñándonos a leer las señales del entorno: el vuelo de las aves, las pisadas frescas en el barro y el cambio en la vegetación que rodeaba las fuentes.

El campo también comenzó a transformarse. Los verdes vibrantes de los prados dieron paso a los ocres y dorados de los cultivos listos para la cosecha. Las cebadas ya encañadas dieron paso al girasol, un regalo inesperado del verano. Las hileras interminables de flores amarillas seguían al sol con una devoción casi hipnótica. Madre nos explicó que aquellos campos eran obra del hombre, pero que también nos ofrecían el alimento y el agua que brota de sus tallos allí donde nacen las hojas, y en sus suculentos cogollos. Las semillas del girasol, oscuras y pequeñas, serán un manjar que se disputarán pájaros y piaras de jabalíes más adelante.

A mediados de julio, algo en el comportamiento de madre comenzó a cambiar. Aunque seguía siendo nuestra guía y protectora, había días en los que desaparecía, dejándonos ocultos entre los matorrales. Siempre volvía antes del anochecer, con un porte sereno, quizás algo desaliñado, como si nada hubiera ocurrido. Pero yo podía percibir un aroma diferente en ella, un olor extraño, vibrante, que parecía ser parte de la misma tierra.

Una tarde, mientras Trasgu y yo explorábamos un claro, escuchamos un sonido que no reconocimos al principio. Era una ladra profunda y poderosa que parecía surgir de los tiempos. Nos detuvimos en seco, temerosos y fascinados a la vez.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Trasgu, con las orejas tensas.

Antes de que pudiera responder, madre apareció entre los árboles, sus ojos brillando con una mezcla de alerta y determinación.

—Es el rey, Trasgu —dijo, con voz baja y solemne—. Un semidiós que gobierna su territorio con mano férrea.

Nos llevó a un lugar donde pudimos observarlo sin ser vistos. Allí, entre las sombras, vimos al ejemplar más imponente que jamás habíamos imaginado. Su cuerpo robusto y musculoso parecía fundirse con el entorno, y sus cuernas, grandes y aceradas, se alzaban como una corona que brillaba bajo la luz del sol. Cada uno de sus movimientos irradiaba poder y confianza.

Durante los días que siguieron, las laderas del macho resonaron en los valles, desafiando a cualquier intruso que se atreviera a cruzar su territorio. Madre desaparecía con más frecuencia, volviendo siempre al caer la tarde, con ese olor que ahora reconocía como una mezcla de tierra, hierba y algo indescriptible, algo que parecía ser parte del misterio de la vida misma.

Una noche, después de que Trasgu se durmiera, me acerqué a madre mientras descansaba bajo un roble. La luz de la luna iluminaba su rostro, y algo en su mirada parecía más distante de lo habitual.

—¿Por qué desapareces, madre? —pregunté, rompiendo el silencio.

Ella me miró con ternura, pero también con esa gravedad que reservaba para sus lecciones más importantes.

—Porque es tiempo de aparearse, Bruma. Es el ciclo de la vida. Las hembras buscamos a los machos más fuertes, los que puedan asegurarnos crías sanas y fuertes.

—¿Y siempre es con el rey? —insistí, tratando aun de entender.

Madre negó con la cabeza, sonriendo suavemente.

—No siempre. Al copular con distintos machos, la posibilidad de la preñez es mayor, y existiendo la posibilidad de gestar con la simiente de distintas genéticas, aumentamos las posibilidades de perpetuar la especie.

—¿Cuántas crías puede tener una hembra? —pregunté, fascinada por esta revelación.

—Hasta tres, dependiendo de la edad y los recursos, excepcionalmente cuatro —respondió, con un tono que sugería que este conocimiento formaba parte de algo más grande, algo ancestral—. Cada una es una promesa, un nuevo comienzo para la especie.

—¿Y tú cuántos años tienes, madre?, ¿Y yo? ¿Yo cuándo podré tener crías? —pregunté, extasiada.

Madre sonrió ante mi entusiasmo.

—Yo aún soy joven, Bruma. Esta es mi tercera primavera. Y tú no tengas prisa, torbellino, en el próximo celo, el año que viene, ya estarás lista...

Madre me miró fijamente, con una mezcla de orgullo y tristeza, y luego asintió. No dijo nada más, y el silencio de la noche volvió a envolvernos, lleno de los murmullos del bosque y los ecos del semidiós que aún resonaban en la distancia.

Con la llegada de septiembre, las primeras lluvias comenzaron a caer, despertando la tierra reseca y agrietada con una explosión de vida. Las ricias, esos brotes verdes y tiernos que surgían tras las aguas, cubrieron los campos con un manto fresco y renovado. Las tardes se llenaban de actividad: los zorros patrullaban las lindes, y los conejos, confiados, emergían de sus madrigueras para disfrutar del festín que ofrecía la tierra húmeda.

Trasgu y yo corríamos entre liegos y rastros aún no levantados, sintiendo el aire fresco en nuestras caras y el suelo blando bajo nuestras patas. Las lluvias traían consigo un alivio palpable, y el olor de la tierra mojada era un recordatorio de que el ciclo de la vida seguía adelante, inquebrantable. Y aunque ya no dependíamos de madre para nuestro sustento, ella aún nos amamantaba ocasionalmente, haciéndonos a su costa más fuertes cada día.

Otoño: “El bosque en transformación”

Cuando el calor del verano comenzó a desvanecerse, el bosque parecía contener el aliento. Los verdes intensos de robles y hayas traslucharon a cobrizos y escarlatas, mientras las hojas caían en un lento vals hasta cubrir el suelo con una alfombra multicolor.

En situaciones de peligro, madre nos enseñó a observar el lenguaje corporal de los corzos más experimentados. Cuando un depredador acechaba, el escudo anal, esa mancha blanca en la base de la cola, se hinchaba, triplicando su tamaño. Este gesto, una advertencia clara y silenciosa, permitía que los demás estuviéramos preparados para huir. Las ladras en sus distintos registros, hacían el resto.

A finales del otoño, las cuernas de Trasgu empezaron a hacerse visibles. Apenas eran pequeños botones, suaves al tacto y ocultos aún por el pelaje. Madre los observaba con atención, anticipando a Trasgu que, su desarrollo era solo el principio de un largo proceso.

Una tarde, mientras el sol teñía de oro el horizonte, me encontré con Brizna y Maestro Rodón junto a un claro cubierto de hojas caídas.

—¿No os parece que el bosque está cambiando demasiado rápido? —pregunté. Brizna bufó.

—Siempre tan filosófica, Bruma. ¡Pero me gusta cómo piensas! Rodón asintió, satisfecho.

—El otoño no solo es cambio; es preparación para lo que vendrá.

Pero el paisaje no era lo único que estaba mudando. Algo en madre lo hacía también. No era algo visible, ni tenía que ver con el pelaje de invierno, que ahora nos envolvía más grisáceo y espeso. Madre no olía igual, y ese sexto sentido que nunca me falla pinchaba más que las acículas del pino.

—¿Qué ocurre madre? ¿Qué escondes?- pregunte amoscada.

Tratando de ahogar una carcajada, madre me miro de soslayo con unos ojos inusualmente brillantes, llenos de vida.

—¿Yo?, nada pequeña, todo está bien- respondo con una sonrisa que le llenaba la cara.

—A mí no me engañas madre, y además, ¡ya no soy tan pequeña! —conteste enfurruñada —¡A mí no me la das! —repliqué, cruzando las patas en un gesto que intentaba hacerme parecer mayor.

Madre me miro despacio de arriba abajo como si estudiara cada palmo de mi cuerpo, satisfecha con lo que veía.

—Tienes razón Bruma— asintió complacida—has crecido mucho y bien, y lo más importante, has sabido aprovechar cada ocasión para aprender. Ya eres independiente, y estás preparada para conocer la más importante de las lecciones, la del comienzo de una nueva vida.

—¿Cooooómo?! —exclamé balbuciendo, mientras mi mente intentaba seguir el ritmo de mis palabras no comprendía nada, y estaba a punto de reventar de emoción. —. ¿Qué quieres decir? ¿Qué estás...? ¿Queeeeé?

Madre rio con ternura, su risa llenaba el aire como el petricor tras las primeras lluvias.

—Sí, Bruma. ¿Recuerdas mis escapadas al principio del verano? Pues, el milagro de la vida está volviendo a gestarse dentro de mí.

—¡Pero eso es imposible! Han pasado más de cuatro meses, madre. ¡Y no te ha crecido la barriga!

Madre me miraba con ojos chispeantes pero serenos. Su sonrisa embelleció aún más su rostro, y con la calma que le caracterizaba, comenzó una de las explicaciones más increíbles y maravillosas que nunca escucharía.

—Escucha atenta, Bruma —dijo, con esa serenidad que hacía sentir que todo estaba en su lugar—. Las corzas no somos como el resto de los cérvidos. Aunque nuestros óvulos se fecundan durante el celo, los mantenemos en un estado casi de latencia hasta que llega el momento adecuado para continuar con la gestación. De este modo, nuestras crías nacen con la explosión de la primavera, cuando las temperaturas y la abundancia de alimento se conjugan creando la condiciones idóneas para albergar nuevas vidas.

—¡Somos brujas! — Mi voz trastabillaba con la emoción.

—Yo no diría tanto—rio madre, con esa risa que lo iluminaba todo—, pero aún hay más. Todas las corzas que habitamos en la misma zona sincronizamos nuestros partos. Así, ponemos las cosas más difíciles a los nuestros predadores. ¿No es maravilloso?

—¡Es alucinante, madre! ¡Cuéntame más! —exclamé, mi voz temblaba embargada en un cruce de emociones..

Madre rio de nuevo, algo había cambiado en su mirada, era el preludio de una increíble revelación.

—¿Quieres saber lo mejor? —preguntó, y sin esperar respuesta, continuó —Tenemos la potestad de decidir el sexo de nuestras crías. Crear un macho requiere más energía. dependiendo de la abundancia de alimento, si los recursos son escasos o el número de los nuestros demasiado elevado, incluso podemos decidir dejar de concebir.

Me quede sin aliento. Todo lo que decía madre resonaba con el inmenso poder de una pesada carga.

—¿Todo eso podré hacerlo yo también, madre? —susurré, mi voz temblaba, embargada en un cruce de emociones.

—Sí, Bruma —respondió, con esa serenidad que me hacía sentir que todo estaba en su lugar—. Cuando llegue tu momento... cuando llegue tu momento.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran. El viento soplaba entre las ramas desnudas, y por un momento, sentí que el bosque entero respiraba con nosotras.

El otoño no era solo cambio; era preparación. Bajo su manto de hojas caídas y días más cortos, la sierra trabajaba en silencio, construyendo la promesa de un nuevo comienzo. No sabía si las revelaciones de madre eran un don o una pesada losa, pero necesitaría tiempo para poner mis ideas en orden.

A medida que las noches se hacían más frías, entendí que estábamos entrando en un tiempo de resistencia. Los grupos invernales que veníamos conformando se convertirían en nuestra mayor fortaleza, y las lecciones del otoño, un recordatorio de que incluso tras el letargo se esconde la promesa de la vida.

Invierno: “El arte de resistir”

El invierno llegó cubriendo la sierra con su manto blanco y silencioso. El aire, afilado como una daga, parecía detener la vida misma, y las noches largas nos envolvían bajo un cielo lleno de estrellas titilantes que iluminaban incluso los rincones más oscuros del bosque. Todo parecía inmóvil, pero nosotros aprendimos que incluso en la aparente quietud, la vida seguía latiendo, silenciosa pero constante.

Fu en este tiempo cuando reparé en que la cuerna de Trasgu había dejado de crecer. Una aterciopelada borra cubría los tímidos botones que se habían gestado bajo su pelaje desde los tres hasta los seis meses, asomando como pequeñas protuberancias. Aunque ni siquiera superaban el ras de sus orejas, madre los observaba con atención y una mezcla de orgullo y serenidad.

—El tesón es el mejor aliado en la naturaleza —nos decía mientras nos acurrucábamos junto a ella para resguardarnos del viento helado—. Pero en el caso de Trasgu, su desarrollo durante este primer año será crucial. Cuerpos grandes y fuertes producen cuernas grandes y fuertes.

Trasgu parecía tomar estas palabras como un reto, esforzándose en cada salida a buscar alimento, probando su resistencia al frío y sus reflejos en el hielo. Pero madre siempre añadía, con su sabiduría habitual:

—Ojo, porque la fuerza no se mide solo por el tamaño. Mirad a vuestro alrededor. Muchas de las especies que parecen no soportar el invierno volverán a florecer en primavera. La verdadera fuerza está en adaptarse, en aprender a resistir y a crecer cuando las condiciones vuelvan a ser favorables.

Sus palabras se grabaron en mí mientras observaba cómo los árboles desnudos y las plantas cubiertas de escarcha mantenían una promesa latente bajo su aspecto inerte. Incluso en el frío más severo, la vida aguardaba, preparándose para resurgir.

Trasgu y yo aprendimos a leer las señales del entorno con más precisión. Descubrimos cómo encontrar raíces y hierbas ocultas bajo la nieve, y a interpretar los rastros que dejaban los zorros y los tejones en su búsqueda de sustento. Mientras tanto, tras la caída de los botones en el segundo mes del invierno. La cuernas de Trasgu, *“su primera cabeza”*, comenzaba a crecer cubierta de terciopelo, en mi mente se dibujaba la promesa del patrón de seis puntas que algún día llegaría a portar.

Una tarde, mientras explorábamos un claro cubierto de escarcha, le dije con una sonrisa: —Serás un gran rey hermano. Aunque aún te falta mucho para gobernar.

Trasgu levantó la cabeza con una mezcla de orgullo e inseguridad, observando cómo su sombra alargada se proyectaba en la nieve. Era un recordatorio de que, aunque el invierno nos endurecía, también nos preparaba para los desafíos que vendrían.

En el invierno, nuestra familia se unió a un grupo más grande, uniendo fuerzas con otros corzos para enfrentar los peligros de la estación. Era extraño estar rodeados de tantos, después de haber vivido tan aislados durante el verano y el otoño. Pero pronto entendí que había fuerza en la comunidad. Un cambio en la dirección del viento, un crujido en la nieve, y bastaba con que uno alzara la cabeza para que todos estuviéramos alerta.

Una noche, mientras descansábamos bajo un roble que resistía los embates del viento, Brizna apareció entre las ramas bajas, tan ágil como siempre.

—¿Cómo podéis soportar este frío? —preguntó, mientras se acurrucaba junto a mi costado en busca de calor—. Yo ya debería haber comenzado mi letargo, ¡me piro vampiro!, no vemos...

Maestro Rodón, que se había refugiado bajo una roca cercana, respondió con su habitual serenidad:

—Huir es fácil, pequeña Brizna, pero la verdadera fuerza está en resistir. El invierno prueba a todos los seres de la sierra. Aquellos que aprenden a adaptarse son los que florecerán cuando la nieve se derrita.

Brizna bufó, pero no dijo nada más, dejando que el silencio de la noche hablara por nosotros.

A medida que el invierno avanzaba, aprendí a respetar no solo la dureza de la estación, sino también su belleza. Las ramas desnudas se cubrían de escarcha, brillando como si estuvieran adornadas con joyas. El aire helado traía consigo el sonido de las aves que buscaban refugio, y el sol, aunque tímido, coloreaba los cielos al amanecer con tonos que parecían pintados por la misma naturaleza.

Aunque la nieve nos retaba a cada paso, también sentí que estábamos creciendo. Nuestras patas eran más fuertes, nuestros sentidos más agudos. Cada lección que el invierno nos ofrecía era un paso más hacia el futuro que nos aguardaba. Y mientras Trasgu y yo descansábamos junto a madre, bajo el abrigo de la noche estrellada, supe que estábamos listos para lo que vendría.

Transición: "El susurro de la primavera"

El invierno, con su manto blanco y su aire cortante, comenzó a retirarse de la sierra. Las primeras señales llegaron como susurros: el crujir del hielo que se quebraba en los arroyos, el brillo de la escarcha que se derretía bajo el sol cada vez más cálido, y el leve verde que asomaba tímidamente entre las ramas desnudas.

Trasgu y yo comenzamos a notar el cambio en el aire. Era más húmedo, más dulce, como si trajera consigo la promesa de algo nuevo. Madre nos señaló las primeras yemas en los robles, pequeñas pero firmes, anunciando que la vida regresaba poco a poco a la sierra.

—La primavera siempre llega —dijo madre una mañana mientras caminábamos por un claro todavía cubierto de nieve en algunos rincones—. Incluso después del invierno más largo, la vida encuentra la forma de renacer.

Las palabras de madre resonaban en cada rincón de la sierra. Los arroyos, que habían estado atrapados bajo el hielo, ahora corrían libres, trayendo consigo el canto alegre del agua. Las aves que se habían refugiado durante el invierno comenzaban a regresar, llenando el aire con trinos y vuelos que parecían trazos vivos en el cielo.

Trasgu estaba inquieto, más que en cualquier otra estación. Sus cuernas, que aún no eran grandes, comenzaban a perder su capa de borra. Pasaba largos ratos frotándolas contra ramas bajas y troncos jóvenes, con movimientos mecánicos que parecían aliviarle, pero que también dejaban rastros visibles en los árboles. Sus gestos eran diferentes, más seguros y deliberados, y aunque su cuerna era modesta, parecía orgulloso de exhibirla.

Una tarde, lo vi detenerse junto a un joven majuelo. Observó las ramas con detenimiento, como si evaluara algo invisible. Entonces, con movimientos calculados, comenzó a frotar su cabeza contra las ramas más gruesas. Cuando terminó, un leve aroma flotaba en el aire, mezclándose con el olor fresco de la primavera.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, curiosa por su comportamiento.

Trasgu se giró hacia mí con una mirada que no reconocí del todo.

—No lo sé —respondió, resoplando—. Pero siento que tengo que hacerlo.

Madre, que había estado observando desde un poco más lejos, se acercó con paso lento.

—Es tu instinto, Trasgu. Frotar las cuernas no solo desprende la borra; también es una forma de marcar tu territorio son una señal visual, una bandera que , junto al olor que desprenden la glándulas odoríferas que están junto a tu cuerna, y en tus patas, desprenden tu señal olfativa “el olor de Trasgu”, es una forma de decirle al mundo que estás aquí.

—¿En la cabeza y en las patas? — preguntó Trasgu con un gesto de asombro. —¿por eso escarbo por doquier como si estuviera buscando un tesoro?

—Así es Trasgu— respondió madre con vehemencia — Escodar ramas y finos troncos que destacan entre los demás y marcar las trochas y senderos es la forma que tenéis los machos de decir ¡Aquí estoy yo!

Trasgu alzó la cabeza, como si intentara entender las implicaciones de lo que madre decía. Sus movimientos aún eran tímidos, inseguros, pero había en ellos una determinación que no había visto antes.

—No te preocupes por hacerlo perfecto todavía. —añadió madre, con un tono sereno— Tu momento llegará cuando tus cuernas sean más grandes y tu fuerza más completa. Por ahora, sigue aprendiendo del monte y de los que te rodean.

Mientras Trasgu continuaba con sus marcajes, vi cómo algo cambiaba en él. Su cuerpo parecía más firme, sus gestos más decididos. Estaba empezando a entender, aunque de forma rudimentaria, que la sierra no solo era su hogar, sino también, donde tendría que encontrar su lugar.

Maestro Rodón, que había llegado silenciosamente, observó a Trasgu con interés.

—Marcar territorio no es solo un acto físico, joven Trasgu. Es una declaración al mundo, pero también a ti mismo. Es el primer paso para definir quién eres y cuál es tu propósito en este vasto lugar.

Brizna, recién reincorporada tras su letargo invernal, no pudo evitar añadir su habitual chispa de ligereza desde una soleada roca cercana.

—Pues espero que no esté marcando todo, porque eso haría el bosque muy aburrido. ¡Dejad espacio para las historias de los demás!

Trasgu se limitó a ignorarla, centrado en sus movimientos, mientras madre y yo lo mirábamos en silencio. Sabía que era el principio de algo importante, un cambio que lo distanciaría de lo que éramos antes, dos corcinos inseparables, y lo acercaría a su futuro. Pero no nos precipitemos en coronar al aun ni siquiera joven vareto.

Y mientras las estaciones avanzan, nosotros crecemos con ellas, formando parte de ese manto eterno que cubre la tierra, bajo el cual todo tiene su lugar y su propósito.